

no puede en consecuencia adoptarse de lleno por la crítica, sin que por esto quede rebajado el gran mérito de Prudencio, quien sobre caminar á un fin santo y altamente meritorio, hacia en sus cantos cierto alarde de la independencia de su espíritu.

Tal era la condicion suprema del ingenio español: si en la Roma imperial y gentilica apareció desdeñando toda tradicion literaria, no le acusemos porque en medio del espantoso caos, en que se hundía el antiguo mundo, ostentase aquella misma libertad, empapadas sus alas en las refrigerantes aguas del Jordan, é iluminado su vuelo por la sagrada luz del Evangelio.

himnos en los *Breviarios*, en las *Vidas y Actas* de los Santos y aun en obras meramente históricas, como la *España Sagrada*, donde se insertan con harta frecuencia. Sobre las más celebradas ediciones de Prudencio puede tambien consultarse á Fabricio, don Nicolás Antonio y Rodriguez de Castro en sus respectivas *Bibliotecas*.

## CAPITULO VI.

### POETAS É HISTORIADORES CRISTIANOS.

—  
 OROSIO.—DRACONCIO.—ORENCIO.—IDACIO.

Triunfo moral de la Iglesia sobre el politeismo y la heregia.—Proscripcion de los paganos y heresiarcas.—Errores de la política imperial.—Reaccion del gentilismo y de la heregia.—Los bárbaros.—Su desbordamiento general durante el siglo V.—Los bárbaros en Italia y Roma.—Destruccion del Imperio de Occidente.—Maravilloso efecto del cristianismo en los pueblos del Septentrion.—Nuevas calumnias del paganismo contra la doctrina evangélica.—Enérgica protesta de los Padres.—Orosio: objeto capital de sus *Historias*.—Exámen de las mismas.—Su estilo y lenguaje.—Draconcio: su poema *De Deo*.—Pensamiento que en él se desenvuelve.—Medios poéticos de Draconcio.—Análisis de su poema.—Índole especial de Draconcio.—Defectos y bellezas de su estilo.—Orencio: su *Commonitorium* y sus *Orationes*.—Idacio: su representacion é importancia en los tiempos en que florece.

El cristianismo habia salido triunfante de la gran lucha sostenida por la elocuencia de los Padres y solemnizada por el genio de la poesia. Asentado en la silla de San Pedro el pontífice Dámaso, poeta nacido como Yuvenco y Prudencio en el suelo de España, celebra, como ellos, en sus peregrinos cantares aquella inmortal victoria, anunciando á las naciones que la barquilla del pescador

había llegado á puerto seguro, levantándose la Iglesia de Cristo, como institucion robusta é imperecedera, en medio de las gentes <sup>1</sup>. Pero no santificaba solamente el ilustre Dámaso tan inaudita victoria, cantando las virtudes de los mártires <sup>2</sup>: animado de

<sup>1</sup> Mucho se ha disputado entre los eruditos sobre la patria de este pontífice poeta, pretendiendo algunos, entre ellos Mr. de Tillemont (*Mems. pour servir à l'Historie*, tomo VIII) y Antonio Maria Merenda (*Opera Sancti Damasi*, 1754, In praefatione), que fué romano, y no español, como universalmente se creía. Pero el docto Perez Bayer, en una disertacion, enriquecida de exquisitos y copiosos datos, y dada á luz en Roma el año de 1756 (*Damasus et Laurentius Hispani asserti et vindicati*) probó hasta la evidencia el error de estos escritores, restituyendo á España la gloria de ser madre de varon tan esclarecido, gloria que encarece tambien Lampillas en su *Sag. Stor.* (Dis. VI, § II). Ni ha sido menos reñida entre los historiadores nacionales la contienda originada de las dudas relativas al lugar donde vió Dámaso la luz del día: catalanes y castellanos han aspirado á esta señalada honra; pero escritores como Garibay (*Comp. hist.*, Part. I.<sup>a</sup>, lib. VII, cap. LII), Morales (*Coron. gen.*, lib. X, cap. XL), Illescas (*Hist. pontif.*, tomo I, lib. II, cap. VI), y otros no menos respetables, se inclinan á favor de Guimaraens (tres leguas de Braga), opinion que ha logrado al cabo mayor fortuna. Dámaso tuvo la de ser contado por sus coetáneos entre los hombres más señalados por su virtud y su talento: sus poesías, inspiradas por el mismo sentimiento que resplandece en Yuvenco y Prudencio, si bien arrancaron á la pluma de San Gerónimo notorias alabanzas, no han conservado en la posteridad la misma estimacion, lo cual es en parte fruto del exclusivismo con que la crítica literaria ha procedido en los últimos siglos.

<sup>2</sup> Las poesías de Dámaso son en efecto, en su mayor parte, himnos consagrados á la memoria de los que habian arrostrado el martirio por la fé de Cristo: merecen entre ellos especial estima los himnos: *De Sancto Stephano, P. et M.*; *De Sancto Marcello, martyre*; *De Sancto Laurentio, M.*; *De Sancto Saturnino, M.*; *De Sanctibus Martyribus Nereo et Achilleo*; *De Sanctibus Martyribus Protu et Hyacintho*; *De Sanctibus Chrisanto et Daria, Martyribus*; *De Sancta Agnete Martyre*; *De Sancta Agatha Martyre*. Las poesías de San Dámaso comienzan en la edicion de Merenda, que es la usada por nosotros, con las alabanzas de David (*In laudem Davidis*) y los milagros de Cristo (*De Christo, De Ascensione Christi, De nomine Iesu, De cognomento Salvatoris*), y prosiguen con los elogios de los Apóstoles (*De Sancto Paulo, De Sancto Andrea, De Sanctorum Apostolorum Catacumbae*), habiendo debido producir extraordinario efecto, así por la autoridad del que los escribia, como por el fin adonde se encaminaban. San Dámaso nos dejó tambien algunas obras en prosa, entre ellas muy notables epístolas apostólicas, no siendo para olvidarse el que tuvo correspondencia con San Gerónimo. De sentir es sin embargo que

más fecunda idea y dominado de la profunda veneracion que le inspiraban las Santas Escrituras, acometia y realizaba la insigne empresa de hacer patrimonio de la Iglesia Occidental el inestimable tesoro de los Salmos. Obra era esta altamente fructuosa y meritosa, que trayendo al seno de las sociedades que iban surgiendo de la ruina del mundo antiguo, las más puras fuentes del arte y de la poesia oriental, debia fructificar maravillosamente, andando los tiempos, en las modernas literaturas <sup>1</sup>. El inspirado acento de David, de Heman y Yedutum conmovió desde entonces las doradas techumbres de las basílicas y de los templos latinos, y repetido con entusiasmo por los fieles de Cristo, resonó al par en todo el mundo romano, pregonando en todas partes que se habia consumado ya la trasformacion total de los pueblos.

Semejante trasformacion, maravillosa por los medios con que se ejecuta, y más todavia por el inmenso fruto que produce, se habia realizado durante el siglo IV: en vano el Oriente, agitado por el espíritu de las sectas que lo despedazan, envia al Occidente sus innovadores, armados del sofisma, para introducir en el seno de la Iglesia la ponzoña de la heregia: en vano el politeismo, apo-

no hayan llegado íntegras á la posteridad todas estas producciones. La gloria de haber dado á la estampa por vez primera las poesías de San Dámaso corresponde á Aldo Manucio (Venecia, 1502), habiéndose menudeado despues las ediciones tanto en el siglo XVI como en los siguientes.

<sup>1</sup> Si es importante este notabilísimo suceso respecto de todas las literaturas occidentales, lo es mucho más respecto de la española, donde debia tener mayor trascendencia, así en orden á la lengua y á las formas artisticas como á las dotes interiores del ingenio. Antes de ahora hemos observado que debieron quedar en el suelo de la Península notables gérmenes de orientalismo, hablados en dilatadas comarcas expresivos dialectos de las primitivas lenguas semíticas (cap. I, págs. 8 y siguientes): poco despues hemos descubierto y señalado en los poetas que envia á la Roma Imperial la Colonia Patricia del Bétis, rasgos y pinceladas, en que se reflejan los caracteres especiales del genio del Oriente (cap. III, pág. 121). No olvidemos desde ahora que llamado el pueblo cristiano á tomar parte activa y constante en las ceremonias del culto, debieron reanimarse aquellos gérmenes, así entre los doctos como entre los ignorantes; y esperemos, con ánimo exento de preocupaciones literarias ó científicas, los sucesivos momentos en que dan señales de vida, labrando poco á poco hasta producir en dia determinado naturales y granados frutos.

yado en la apostasia y pertinacia de Juliano, intenta condenar á la ignorancia á los mismos hombres cuya sublime elocuencia lo habia sojuzgado; y en vano el impio Valente procura, en fin, renovar los sangrientos dias de los Neronés y Dioclecianos, ensayando todo linaje de tiranias contra los verdaderos confesores de Cristo. El simbolo de Nicea, proclamado en el Occidente por el ilustre Osio, y defendido en el Oriente por la enérgica voz de Atanasio, prevalece contra los errores del presbítero de Alejandria, el más sagaz y osado de los heresiarcas, fortificándose la Iglesia en el respeto de las primitivas tradiciones que acrisolan el dogma: los edictos del apóstata restableciendo el culto de los falsos dioses y prohibiendo á los cristianos el estudio y enseñanza de los antiguos oradores, historiadores y poetas, al paso que se encaminan á destruir la portentosa obra de Constantino <sup>1</sup>, exaltan de nuevo la ardiente fé de los católicos y les infunden mayores fuerzas para consagrarse al cultivo de una literatura, de donde habian de sacar al mismo tiempo provechosas lecciones é incontrastables armas para combatir al politeísmo: las persecuciones de Valente, en cuyo pecho arde la heregia de Arrio, contribuyen sólo á despertar la abnegacion y el antiguo valor de los mártires, coronando al cristianismo de nuevos resplandores.

Así pues se levanta la Iglesia como cuerpo visible y poderoso, como centro de fuerza y de saber, en medio de las tribulaciones del mundo, para conservar el sagrado depósito de la doctrina evangélica y trasmitir á las futuras edades la luz de las ciencias y de las letras, próxima á extinguirse al soplo de la depravacion y de la barbarie.

Mas por una contradiccion, dolorosa y harto frecuente en los fastos de la historia, el politeísmo, que si bien tenia hondas rai-

<sup>1</sup> Tal era el visible empeño de Juliano, pues no sólo derogó las leyes de Constantino y Constancio relativas á los paganos, sino que demás de los edictos indicados, promulgó otros ordenando que no pudiesen obtener los cristianos ningun cargo público y despojándoles del derecho de defenderse en juicio, con lo cual pretendió reducirlos á servidumbre. La política del apóstata se encaminaba á envilecer á los confesores de Cristo, reduciéndolos á la mayor pobreza y abyeccion, para desacreditar el Evangelio. Sus esfuerzos produjeron el efecto contrario.

ces en las costumbres políticas de la gentilidad, como que se apoyaba en el espíritu de sus leyes, estaba ya vencido, sobrevive á su propio descrédito, merced á las persecuciones de que llega á ser objeto á fines del siglo IV. El gran Teodosio, que libertado, no sin designio providencial, de la matanza ejecutada por Valente en su familia, abraza el cristianismo con tanto ardor que no tiene á mancilla el humillar la púrpura ante la severidad de San Ambrosio, cediendo al mismo espíritu de persecucion que habia encendido la ira de los Césares, dicta leyes contra la vencida idolatria, al proclamar el cristianismo como religion del Imperio. Su celo, tal vez excesivo, le lleva al punto de ordenar la destruccion de los templos del paganismo; y derribados por tierra los que en las más nobles ciudades existian, lanza igual fallo contra los que todavia se alzaban en las aldeas y en los campos, adonde se habian refugiado los adoradores de los falsos dioses, para ocultar la ignominia de aquel afrentoso vencimiento <sup>1</sup>. Pero esta conducta, inspirada sin duda por un pensamiento más político que evangélico, hallando imitadores en los hijos de aquel eminente varon, llega á producir graves y terribles conflictos: Honorio y Arcadio, que en los primeros dias de 399 promulgaban nuevas leyes para consumir la comenzada destruccion de los templos gentilicos, se veian forzados en el mismo año á reprimir con severos edictos el indiscreto celo de los cristianos, que lanzándose en tropel á der-

<sup>1</sup> Ya desde el imperio de Constancio se habian dictado disposiciones restrictivas, mandándose cerrar los templos gentilicos y vedándose bajo pena de muerte los sacrificios públicos (Codex Theod., lib. XV, tit. X, ley 2, 4 y 6). Sin embargo, por un efecto de la necesidad de no aparecer en contradiccion abierta con todo lo existente, se habia tolerado el culto de los falsos dioses en los templos extramuros (aedes templorum, quae extra muros sunt positae), en los cuales parecian tener más profundas raices las costumbres del paganismo (Codex Theod., id., id., ley III.<sup>a</sup>). Teodosio, que persigue todo linaje de supersticiones desde que es asociado al Imperio (véanse las leyes VII hasta la XI inclusive del mismo lib. y tit. del Cód. Theod.), no creyó decorosa para el nombre cristiano semejante tolerancia, dictando la disposicion referida (ley XVI del expresado tit.), que es considerada por los historiadores de las artes como el principio de la total decadencia y ruina de la arquitectura antigua (Theop. Hope, *Hist. de l'Archit.*, tomo I, págs. 77 y 84 de la traduc. franc., y otros).

ribar aquellos portentos de las artes, agraviaban al par la autoridad pública y ponían en peligro la seguridad de sus conciudadanos <sup>1</sup>. Estos atentados, que reprobaba la doctrina evangélica, cometidos al mismo tiempo en Asia, África y Europa, irritan de tal manera á los gentiles, que tomando las armas simultáneamente en las más distantes regiones del Imperio, se ensangrientan de nuevo en los cristianos, mientras restablecen los altares de sus ídolos. «O justo castigo del cielo!... (exclama un escritor nada sospechoso, al contemplar aquel triste espectáculo). ¿De qué aprovechó á los emperadores cristianos mandar destruir las aras gentílicas, cerrar los templos, arruinar los simulacros, si tornaban á erigirlos más costosos?...» <sup>2</sup>.

Tan imprevista reacción, exasperada por la resistencia que encontraba en la fé de Honorio y del segundo Teodosio, parecía neutralizar un momento el maravilloso triunfo alcanzado por el cristianismo. Y á tal extremo llegaba la exasperación engendrada en los paganos por semejantes causas, que al paso que se volvían con nuevo ardor al reprobado culto de sus ídolos, cifraban no pequeña parte de su adoración en el restablecimiento de los espectáculos consagrados á los mismos. Comprendió entonces la política el error en que había caído; y arrastrado por el torrente de los acontecimientos, el mismo Honorio, que tanto empeño había puesto en aquella persecución, no solamente concedía á los gentiles la celebración de los espectáculos, exceptuado sólo el *mayuma*, cuya procacidad y lascivia excedía toda imaginación <sup>3</sup>, sino que ya en el postrer año de su vida [423] se veía forzado á mitigar el rigor de las leyes, que imponían la última pena á los que sa-

<sup>1</sup> Este edicto, dirigido principalmente á Macrobio, procónsul de las Españas (Codex Theod., id., id., ley XV), prueba de un modo inequívoco que el suelo de la Península fué el primer teatro de tan lamentables excesos (Guerra, *Apel. al Trib. de los Doctos*, pág. 170).

<sup>2</sup> César Baronio, *Anal. Eccles.*, año 409, núms. 2 y 3.

<sup>3</sup> La ley á que nos referimos, está concebida en los siguientes términos: «Ludicras artes concedimus agitari, ne ex nimia harum restrictione tristitia generetur. Illud vero quod sibi nomen procax licentia vindicavit, *Maiumam*, foedum atque indecorum spectaculum denegamus» (lib. XV, tit. VI, ley II).

crificaban, conmutando tan duro castigo en el de perdimiento de bienes y destierro <sup>1</sup>.

Pero si tal efecto produce en los paganos esta persecución, ensayada por la política de los Augustos y acalorada por las no justificadas exigencias de algunos obispos católicos, no menos funesta fué á la Iglesia la ejecutada en los arrianos. La heregia, tomando mil caprichosas formas y matices, había conturbado la conciencia de los fieles desde el momento de ser difundida por el mundo la doctrina del Crucificado. Grande fué por cierto el número de los heresiarcas; pero contrastados por la fuerza de la verdad, que disipaba sus errores; envueltos en porfiada lucha, en que mutuamente se desacreditaban, excluyéndose hasta el punto de labrar su propio exterminio, habían caído postrados y vencidos por la elocuencia de los Padres ante la pureza del dogma. El arrianismo, condenado solemnemente en el concilio de Nicea y perseguido después por Constantino, descargando su odio contra los católicos, al ser halagado por Constancio y Valente, atraía de nuevo sobre sí el enojo de aquellos, quienes no vacilaron por desgracia en proseguir una contienda, de donde sólo podía resultar cierta manera de triunfo para la heregia, que robustecida en la persecución, hallaba en todas partes ardientes prosélitos.

La obra del cristianismo estaba en parte desnaturalizada: la transformación moral y religiosa del mundo se había verificado por medio de la palabra, á cuyo mágico influjo se vió derrocado el Olimpo, cayendo por tierra sus mentidas deidades: tan sencilla y maravillosa victoria era el más alto, el más puro y sublime galardón de la doctrina evangélica. Su prodigiosa conquista, llevada á cabo en nombre de la paz y de la fraternidad, no podía por tanto ser sostenida por el hierro; y así como los Césares paganos habían exaltado el entusiasmo de los primeros fieles, ensangrentando su diestra en los mártires de Cristo, así también los Em-

<sup>1</sup> Esta ley, que es la XXII del título *De Paganis, sacrificiis, et templis*, ya citado, dice así: «Paganos qui supersunt, si quando in execrandis daemonum sacrificiis fuerint comprehensi, quamvis capitali poena subdi debuerint, bonorum proscriptione et exilio coerceri iubemus.»

peradores católicos exasperaban la tenacidad de los heresiarcas con el rigor de las leyes que los condenaban y perseguían. No repararon los descendientes del primer Teodosio en que mientras declaraban en sus edictos que faltaban á la primavera sus gracias, la pompa de sus espigas al estío y su mansedumbre al invierno, trocadas las leyes de la naturaleza para castigo de la gentilidad y de la heregia <sup>1</sup>, daban aliento á la heregia y á la gentilidad, siendo causa de que la Iglesia llorase los errores de Arrio por el espacio de trescientos años, y de que pugnara no menos tiempo para desarraigar los últimos restos del politeísmo <sup>2</sup>.

La doctrina evangélica había menester de nuevos y dignos defensores: y no tardaron estos en presentarse en la arena, armados con las armas de la fé y de la elocuencia, para sacarla de aquella segunda lucha tan pura como había salido de la primera. Mas no solamente envió Dios otros apóstoles para combatir en nombre del Evangelio y á la manera de los Ciprianos, Arnobios y Lactancios, sino que permitió entre tanto que se operasen en el mundo nuevos prodigios, para que fuese el triunfo de la verdad más brillante y decisivo. Del centro de las montañas del Septentrion, donde vivieron largo tiempo ignorados y libres por tanto de la tiranía de Roma, se alzaron, para ejecutar los decretos de la Providencia, centenares de pueblos, cuyo espíritu belicoso y destructor, cuyas agrestes costumbres y cuyos feroces instintos venían á formar peregrino contraste con la molicie y afe-

<sup>1</sup> *Legum novellarum liber*, tit. III, *De Iudaeis, Samaritanis, haereticis et paganis*, ley I. Unde enim ver solitam gratiam abiuravit? Unde aestas messe ieiuna laboriosum agricolam in spe destituit aristarum? Unde hyemis intemperata ferocitas ubertatem terrarum penetrabili frigore sterilitas laesione damnavit?... nisi quod ad impietatis vindictam transit lege sua naturae decretum.

<sup>2</sup> Sabido es de todo el mundo que el arrianismo se perpetuó en las regiones occidentales hasta el año 589, en que fué abjurado en el tercer concilio Toledano: la idolatría llegó más adelante, pues que en 656 se prohibe por el concilio X, celebrado en la misma ciudad, que ningun sacerdote, levita ni seglar pueda vender esclavos cristianos á los judíos ni á los gentiles. El texto dice: «Ut nullus ex sacerdotibus, levitis, vel ex catholicorum coetu audeat mancipia christiana iudaeis, vel gentilibus venundare» (Cánon VII, Colec. de Loaysa, fól. 494). Más adelante daremos á estas observaciones la explicación debida.

minación, en que se habían adormido las águilas del Imperio. Desposeidos en medio de sus bosques de hielo de los bienes, que la naturaleza había derramado á manos llenas sobre ajenas comarcas, ni aun siquiera les era dado imaginar la felicidad gozada por otros hombres.

Pero llegó el instante en que no cabiendo en sus estériles selvas, rompieron, movidos de inusitada inquietud, aquellas eternas barreras; y reconociendo que existían otras regiones afortunadas, no hubo ya valladar poderoso para contenerlos. Irritados contra la naturaleza, porque les negó sus dones; quejosos de sus mismos padres, porque los criaron en la miseria y en la ignorancia, se lanzan sobre los países que hallan á su paso, con tal saña y violencia que no parece sino que rescatan de una usurpación injusta los tesoros y riquezas, de que con bárbaro estrago se apoderan. No los incita el noble estímulo de la gloria: no los mueve el honroso deseo de asentar su imperio sobre las antiguas naciones. El espíritu de conquista es para ellos una vindicación cruenta: llevados de semejante idea, destruyen y matan sin piedad y entregan á las llamas los vergeles de Asia y de Europa y reducen á escombros las más opulentas ciudades: al contemplar tan horroroso espectáculo, dijérase que delante de sus banderas agitaba sus alas el ángel del exterminio.

Tal fué el primer testimonio que dieron de su furor aquellos pueblos, que iban á repartir entre sí el desgarrado manto de los Césares. El mundo romano, que ignoraba al par su existencia y sus orígenes, los vió lleno de terror atravesar, como desatado torrente, de una á otra parte del Imperio: débil para reprimirlos, dictóle el instinto de propia conservación la idea de enervar su fiereza, dándoles asiento en las fronteras, que pensó de este modo poner á cubierto de nuevas invasiones, y recibiendo á sueldo en sus ejércitos, á fin de dar pábulo á su fogosa actividad bélica. Ni faltaron generosos pechos, que animados del valor de los Trajanos, Adrianos y Aurelios, pugnaran por domeñar tanta pujanza; mas los nobles esfuerzos de Aureliano, Claudio y Probo no hallando imitadores en medio de la anarquía que ensangrentaba diariamente las gradas del trono, sirvieron sólo á exasperar la destructora furia de aquellos pueblos, que al ser repeli-

dos hácia sus primitivas moradas, convocaron nuevos enjambres de bárbaros, prontos á caer con irresistible ímpetu sobre las amedrentadas provincias del Imperio.

Arrastrado este al borde del abismo, pareció recobrar no obstante, su antiguo lustre, al ceñir la diadema el gran Constantino y el inmortal Teodosio, que nuevos Alcides, levantaron sobre sus hombros aquella inmensa y desquiciada mole, para que fuese más grande su inminente fracaso. Lograba el siglo IV de la Iglesia que trás las calamidades que siguieron á la muerte de Constantino, nacidas en gran manera de la errada política, con que dividió entre sus hijos la púrpura, se asentase en el trono imperial aquel memorable español, que daba razon de su virtud y su esfuerzo, teniendo á raya y sometiendo á los bárbaros, quienes sorprendidos en medio del estrago, con que aniquilaban la Grecia y la Panonia, hubieron de reconocerle por señor, poniendo bajo sus águilas veinte mil combatientes <sup>1</sup>. Pero si las quiebras, producidas por el error de Constantino, pudieron saldarse por Teodosio, no advirtió este al dividir entre Honorio y Arcadio la diadema con tanto anhelo restaurada, que la debilidad de ambos debia romper las ligaduras que sujetaron por un momento los brazos de aquellos guerreros, para cuya indomable bravura no hubo ya dique alguno, cayendo á sus plantas el gran coloso de Occidente, y quedando reducido á la impotencia el Imperio, que le sobrevivía en Constantinopla.

Innumerables tribus de sármatas, vándalos, silingos, suevos, alanos, gépidos, hérulos y francos cayeron pues animados de insaciable furor, sobre la herencia de Teodosio, depredada ya por el pueblo godo. Dividido este en dos grandes naciones, dejaban á su muerte los visigodos la Mesia y la Dácia, donde tenían puesto su asiento, y penetraban en Italia bajo las enseñas de Alari-

<sup>1</sup> Algunos historiadores y entre ellos el alemán Juan Müller hacen subir este número á cuarenta mil (*Hist. Univ.*, lib. X, cap. VIII); sin embargo, Jornandes, que merece toda fé en estas materias, dice que llevó Teodosio consigo para combatir á Eugenio, que se había apoderado de las Galias, sobre veinte mil godos: «plusquam XX millia armatorum fideles sibi et amicos intelligens secum duxit» (*De Rebus geticis*, cap. XXVIII).

co, ganosos de vengar el afrentoso desastre que Radagasio había sufrido en los montes de Tuscia. Nunca Roma se había visto en tan duro conflicto desde los tiempos de Breno: mientras los vándalos, suevos y alanos se precipitan sobre las Galias, salvando los Pirineos y derramándose en las dos Españas, Alarico lleva sus armas irritadas contra la Ciudad Eterna [409]; la entra, saquea sus palacios y sus templos, y para deshonra del impotente Honorio, asienta en el trono imperial al oseuro Atalo, lanzándose con la velocidad del rayo sobre la Campania, el Abruzo y la Calabria, donde le sorprendió la muerte, atajando sus victorias <sup>1</sup>. Ataulfo le sucede: impulsado de igual furor, revuelve otra vez sobre Roma, cuyos magníficos pórticos, templos y palacios caen reducidos á cenizas, y cuyas inmensas riquezas sirven para exornar el carro triunfante de aquel rey bárbaro, que desvanecido con su fortuna, soñó un momento en restablecer por sí el abatido Imperio, ambicionando la gloria y aun el nombre del primer Augusto. Pero como esta empresa no estaba ya al alcance de ningun mortal, ennoblecido con la union de Placidia, hermana de Honorio, movía Ataulfo sus formidables huestes contra las Galias, llevando el terror delante de sus banderas; y caía por último sobre la Península Ibérica, donde echaba los cimientos al temido reino de los visigodos.

Apoderados entre tanto del África y recelosos del poder romano, atraían los vándalos sobre el Occidente nuevas tempestades.—Genserico, que había debelado á Cartago, haciendo alarde de crueldad inaudita, impetraba pues la ayuda de Atila; y levantándose de las orillas del Téis aquel indomable caudillo, que desde su palacio de madera señoreaba, á la cabeza de los

<sup>1</sup> Para comprender á qué punto llegaba el odio que los bárbaros tenían á los romanos, parece conveniente recordar aquí la extraña sepultura que dieron á Alarico. Muerto este, sacaron de su cauce el Barentino, y abierta en el centro del rio profunda hoya, colocaron allí al cadáver y las riquezas de aquel caudillo, tornando despues á dirigir las aguas á su antiguo álveo, y degollando á los esclavos que habían ejecutado esta operacion, para que no fuese descubierto el sitio, que guardaba aquellos huesos «ne à quoquam quandoque locus cognosceretur, fossore omnes interemerunt» (Jornandes, capítulo XXX).

hunos, multitud de naciones, atravesó la Dacia, la Istria y la Re-cia, penetró en la gran Germania, pasó el Rhin, dobló los Alpes, y sembrando en todas partes la desolación y la muerte, llegó por último á sentar sus reales en los campos cataláunicos [451]. Extremecidos á tan rudo estrago, y unidos por el comun peligro, acudieron todos los pueblos de Occidente á rechazar aquella invasión, la más sangrienta y destructora de cuantas había experimentado el agonizante Imperio: visigodos, sármatas, francos y borgoñones, cuantos moraban las antiguas Galias y la Península Ibérica, cuantos seguían aun los estandartes de Roma empuñaron las armas, corriendo en busca de Atila. Halláronle en los referidos campos cataláunicos: jamás se habían encontrado enemigos más poderosos, ni de mayor impetu y coraje: aquellas pacíficas llanuras presenciaron la batalla más espantosa de la antigüedad, sin otro ejemplo en los anales del mundo <sup>1</sup>. Desbaratado por el valor y la saña de los visigodos, que vieron caer muerto en mitad del combate á su rey Teodorico, buscó el *Azote de Dios* su salvación y de los suyos en la fuga, ayudado de la oscuridad de la noche y protegido por la torcida política de Aecio. Mas si grande había sido la devastación, causada por la diestra de Atila, al abandonar las orillas del Téis y del Danubio, más horrorosa y sangrienta fué su retirada, agujoneado por el espíritu de la venganza, que le saca en breve de sus guaridas para asombrar al mundo con nuevos estragos. Lanzado sobre Italia, destruye á Aquileya, que osa resistirle, saquea y entrega á las llamas á Brescia, Vicencio, Verona, Bérgamo, Pavia y Milan; asalta á Ravena, córte á la sazón de los emperadores, y asoladas por su planta abrasadora aquellas fértiles campiñas, vuela furioso á Roma, de donde le aparta la elocuente voz de Leon Magno, cayendo en el indómito pecho del bárbaro inusitado pavor religioso [452]. Cargado de los tesoros del aniquilado Occidente, tornó el *Azote de Dios* á sus primitivas guaridas; y cuando revolvía en su imaginación el proyecto de asolar el Oriente, moría en medio de una bacanal, con que celebraba sus bodas.

<sup>1</sup> Jornandes dice: «Bellum atrox, multiplex immane, pertinax, cui simile nulla usquam narrat antiquitas» (cap. XL).

Caducaba así el poderío de Roma, cuando otras nubes de bárbaros vinieron á esparcir al viento sus cenizas. Eudoxia, viuda de Valentiniano, enojada de la perfidia de Máximo, asesino de aquel César, llama á los vándalos de África para vengarle; y Genserico, á quien faltaba el tiempo para la destrucción, atraviesa el Mediterráneo, y mientras los magnates y senadores de Roma buscan en los cercanos montes inútil asilo, corre á la capital del mundo, sediento de estragos y riquezas, la entrega á la insaciable rapacidad de sus hordas, y apoderándose de la juventud de la Ciudad Eterna, la lleva en misera servidumbre á Cartago. No parecía sino que era enviado por la Providencia para castigar la crueldad ejercida en otro tiempo por el Pueblo Rey contra la señora de África!... Aquel temible caudillo, que levantó su trono sobre las tristes ruinas de tan famosa República, arrasaba, al alejarse de Roma, las quintas y pensiles de los Escipiones; y asoladas con igual encono las más opulentas ciudades de Campania, ponía fuego á la voluptuosa Capua, cuyas delicias habían enervado el bélico esfuerzo de Aníbal.

Humeaban todavía los escombros, cuando la patria de los Cincinatos y Catones se vió de nuevo inundada de bárbaros: Odoacro, bajo cuyos estandartes iban sujetos los hérulos, los rugios, los esquirros y los turzelingos, partía á la cabeza de aquellos pueblos desde las riberas del Danubio, y atravesando la gran Germania, caía sobre Italia, señalando su impetuosa carrera con huellas de sangre y fuego. Iba el terror delante de sus feroces huestes; y Augústulo, que para escarnio de la majestad romana ceñía la diadema, deponía al primer amago la púrpura á los piés de aquel rey bárbaro, que venía á sentarse en la silla de los Césares. El Imperio de Occidente había pues desaparecido: la señora del mundo veía caer sobre su envilecido cuello las cadenas de la esclavitud, en justa expiación de sus escándalos y sus crímenes [476].

Mas si por el espacio de dos siglos habían conturbado y devastado aquellas innumerables y feroces naciones cuanto existía entre Constantinopla y los Alpes Julianos, cuanto se encerraba entre el Océano y el Rhin, no siendo posible recordar sin lágrimas la desventura de las Galias y de la Península Ibéri-

ca<sup>1</sup>; si estremeciéndose el Oriente, vomitaba el Cáucaso enjambres de hunos, que volando de una á otra region en sus ligerísimos corceles, derramaban en todas partes el terror y la muerte, no perdonando ni la religion ni la dignidad, y ensangrentándose al mismo tiempo en la ancianidad cansada y en la más tierna infancia<sup>2</sup>; en medio de tan espantosas convulsiones se alzaba más radiante y pura la luz del cristianismo, consumándose de esta manera el más prodigioso de sus triunfos.

Á semejante espectáculo, que venia á mitigar todos los horrores de una devastacion sin egemplo, se despertaba el noble espíritu de los confesores de Cristo. Marco Aurelio Prudencio Clemente, que execraba las crueldades ejercidas por el gentilismo sobre los mártires, combatiendo una y otra vez con noble energia los errores y torpezas de los paganos, exclama al fin lleno de entusiasmo en su *Apotheosis*:

Audit adventum Domini, quem Solis Iberi  
425 Vesper habet, roseus et quem novus excipit ortus.  
Laxavit scythicas verbo penetrante pruinas  
Vox evangelica, Hyrcanas quoque fervida brumas  
Solvit, et exutus glacie, iam mollior amnis,  
Caucasea de cote fluit Rhodopeius Hebrus.  
430 Mansuevere Getae, feritasque cruenta Geloni  
Lacte mero sitiens exanguia pocula miscet,  
Libatura sacros Christi de sanguine potus.  
Novit et Atlantis pridem plaga perfida Mauri,  
Dedere crinitos ad Christi altaria reges.

San Gerónimo, que desde su retiro de Betlen habia llorado la destruccion del Imperio, avergonzándose de saber que los romanos compraban la vida al precio del oro<sup>3</sup>, y no hallando salvacion alguna en el mundo, si Roma perecia<sup>4</sup>, exclamaba lle-

<sup>1</sup> San Gerónimo, epíst. XCI, *ad Ageruchiam*, edic. de Paris, 1706, tomo IV, pág. 748.

<sup>2</sup> Id., epíst. LXXXIV, *ad Oceanum*, pág. 661.

<sup>3</sup> San Gerónimo dice: «Romam in gremio suo, non pro gloria, sed pro salute pugnare? Imo ne pugnare quidem, sed auro et cuncta suppellectile vitam redimere?» (Epíst. XCI, pág. 749).

<sup>4</sup> *Quid salvum est, si Roma perit?*... (Id.)

no de entusiasmo, al contemplar tan extraordinaria victoria:—«O ¡maravilla!... Las banderas de los soldados son las insignias de la Cruz. La pintura del saludable patíbulo decora la púrpura de los reyes y brilla en las piedras preciosas de sus diademas.—Ya el egipcio Serápis se ha tornado cristiano. De la India, de Persia, de Etiopia recibimos diariamente turbas de cenobitas. El armenio ha depuesto sus aljabas; los hunos aprenden los salmos; los hielos de la Escitia hierven con el calor de la fé; el brillante y rojo ejército de los getas lleva por toda la redondez de la tierra los estandartes de la Iglesia»<sup>1</sup>.

En medio pues de este fenómeno moral y religioso, pintado con tan enérgicas tintas, se alzan por todas partes los desesperados clamores del politeísmo. Exaltado por la persecucion y ciego hasta el punto de desconocer su caducidad y su impotencia, reproduce las sátiras y diatribas, lanzadas contra la religion de los Padres por el apóstata Juliano; y presentándolas como inexpugnable escudo de sus mentidas creencias, exagera el culto de sus deidades y duplica poseido de incalificable frenesí, el empeño de restaurar las casi olvidadas fiestas y los espectáculos, en donde con ofensa de toda virtud pareció restablecerse la idolatria<sup>2</sup>. Y no sólo aspira esta á lanzar el ridículo sobre la religion del Crucificado, ansiosa

<sup>1</sup> Epíst. LVII, *ad Laetam, De Institutione filiae*, fól. 591 del tomo IV de la edicion de Paris, ya citada.—Debe recordarse en este lugar lo que refiere Orosio haber acaecido en Roma con las hordas de Alarico. Mientras la ciudad del Capitolio era saqueada, dió uno de los bárbaros con el sitio donde se custodiaban los vasos sagrados, confiados al cuidado de una sola virgen: admirado de tanta riqueza y movido de cierto religioso respeto, participó á Alarico tan peregrino hallazgo; y el bárbaro destructor de Roma mandó restituir á la basílica todos los objetos y vasos sagrados, siendo estos conducidos con extraordinaria reverencia por los mismos godos, entonando los salmos al mismo tiempo que los confesores de Cristo: «Hymnis. Deo romanis barbarisque concinentibus, publice canitur» (Lib. VII, capítulo XXXIX, pág. 574 de la ed. de Havercamps). Espectáculo verdaderamente sublime y que sólo puede explicarse por la permission divina.

<sup>2</sup> El diligente Baronio exclama, al contemplar tan lamentable reaccion: «Idololatria invalescit!» dando con esta sola frase á conocer los estragos que produjo de nuevo en las costumbres aquella recrudescencia del paganismo (*Annal. Eccl.*, anno 439, núm. 14).